

**JAVIER
MUÑOZ VILLÉN**

**La página
428**

Piénsalo dos veces antes de pedir ayuda




ESPASA

JAVIER MUÑOZ VILLÉN

LA PÁGINA 428



ESPASA  NARRATIVA

© Javier Muñoz Villén, 2021

© 2021, Editorial Planeta, S.A.
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A..

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.553-2021
ISBN: 978-84-670-6248-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Unigraf, S. L.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Prisión federal Edmund Randolph, 1989

Podía sentir a cada paso los lamentos de mil almas arrastrando sus cadenas camino del cadalso y escuchar los gritos que impregnaban cada maldito ladrillo de aquella construcción infame. Sin duda, habitaba algo maligno entre aquellas cuatro paredes que sostenían la bóveda del infierno en aquel corredor infinito hacia la vergüenza y la expiación.

Con cada centímetro recorrido en la fría galería perdía un poco de cordura y algo de dignidad. Pero no existía horca alguna al final del túnel; ni luz, ni muerte, ni liberación. Solo una habitación con un cristal, un reflejo, una sombra y una condena que cumplir.

Necesitaba oír aquella voz una vez más aunque desconociera el motivo que le arrastraba otro día más a aquel suplicio. Necesitaba que le envolviesen otra vez las tinieblas de sus susurros, de sus lamentaciones y amenazas.

No había razón alguna para regresar a aquel siniestro lugar, pero allí estaba, a tan solo unos metros del final de su todavía incompleta obra sin saber qué decir, qué palabra utilizar para solicitar su inestimable ayuda.

El chirrido del mecanismo metálico al abrirse descerrajó la última puerta del silencio y el pasillo murió tras él. El sonido de la cerradura anunció que ya estaba en la habitación de la culpa una vez más, un día más. Esperó unos segundos, para él casi decenios, la ruptura de una tétrica y aparentemente inquebrantable quietud.

Por último, acercó su mano al frío vidrio que separaba sus dos mundos, como intentando sentir bajo sus dedos los latidos de un ser irreal, quizá moribundo.

Finalmente fue su propia voz, tímida pero profunda, la que resquebrajó la oscura calma de la antesala a su locura.

—¿Jack? ¿Estás ahí?

—No, nunca he estado.

—De igual manera escucharás cada palabra de mi última página, la número 428.

Una oscuridad impenetrable envolvía cada centímetro de la pequeña estancia. Su respiración apenas podía arañar la superficie del tétrico silencio que reptaba por su cuerpo desde el suelo de la habitación para meterse después en sus oídos. Palpó una vez más con su mano todavía húmeda el último tramo de una pared infinita en busca de una luz que iluminara el espacio y su aturdimiento. Nada. Tropezó con algo caliente que descansaba sobre el piso. No se agachó para comprobar qué podía ser. Sintió náuseas. Un metro más. Nada. Finalmente, sus dedos nerviosos encontraron entre temblores lo que podría ser un interruptor. Lo pulsó.

—¡Sorpresa!

Su voz resquebrajó la frágil calma del terrible escenario en el que acababa de hacer solemne acto de presencia. Sonaba diferente a otras ocasiones. Sus ojos heridos, que luchaban aún por adaptarse a los destellos blanquecinos provenientes del techo, fijaron su atención en un punto intermedio justo enfrente de él. Después siguieron el trayecto ensangrentado e irregular que los cinco dedos de su mano izquierda parecían haber trazado en la desnuda pared.

Bajó la mirada culpable para comprobar si su cuerpo era su cuerpo; si seguía en el mismo lugar. Observó sus manos: sangre. Junto a sus pies, un cuerpo. No era el suyo. Estaba retorcido, inerte, cubierto por un vestido de estampado floral y alegres tonalidades primaverales. Su postura artificial anunciaba el macabro devenir de lo acontecido: no tenía cabeza. Había sido seccionada. Dio un paso atrás y resbaló con el oscuro y pegajoso charco que comenzaba a oxidarse bajo sus pies. En ese momento oyó un ruido y se volvió en su dirección. Un trazo irregular en forma de uve pintado con la misma sangre destacaba sobre la blan-

ca pared. Volvió a escuchar el mismo ruido, pero esta vez más próximo. Alargó el brazo y pulsó nuevamente el interruptor. Entonces, regresó la oscuridad.

Black Lake City, septiembre, 2019

Sentía su nauseabundo aliento cada vez más cerca. Corría y corría, pero apenas le parecía avanzar unos míseros e insuficientes metros. No era capaz de gritar; algo se lo impedía; quizá el miedo. Podía oír aquel característico sonido producido por la fricción de las miles de impenetrables y oscuras escamas de su cuerpo. Los pasos se acercaban. Ya notaba la viscosa saliva resbalando por su asquerosa lengua bífida. La había vuelto a alcanzar. Entonces se giraba y al verla, la bestia desplegaba sus dos inmensas y negras alas. Abría sus terribles fauces para emitir un agudo chillido a la vez que extendía su garra izquierda para atraparla.

—¡No! ¡No! ¡No!

Fueron sus propios gritos los que volvieron a rescatarla una madrugada más.

—¡Kate, Kate! Cariño, ¿estás bien?

—¡No, por favor, otra vez no!

—Tranquila, tranquila. Respira. Estoy a tu lado, ¿vale? El caballero andante matará al temible dragón...

—¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¿Ya? No puedo creerlo, solo quedan...

—¡Shhh! No lo digas —le pidió su marido poniéndole suavemente el dedo índice sobre los labios—. Tenemos tiempo suficiente para...

—¡Para, Christopher Nowak, estate quieto o...!

—¿O qué, doctora Katherine?

—O tendré que detenerte.

—¡Vamos, que ya no eres poli! ¿No querrás decir: «O tendré que psicoanalizarte»?

Katherine agarró por el brazo a su esposo y se colocó a horcajadas sobre él, se desprendió con delicadeza del sujetador y con él ató sus muñecas al cabecero de hierro forjado. Después empezó a besarle, primero en los labios, luego en el cuello bajando hasta el pecho...

—¡Mamá! ¿Estás despierta?

—Ben, cariño, ¿qué haces aquí? —dijo Katherine dando un salto para recuperar su lugar en la cama.

—Maggie hace ruido al respirar, pero no quiere reconocerlo, dice que no va a volver a tomar su medicina. No me deja dormir.

—Tranquilo Chris, ya voy yo —le dijo a su marido que intentaba desatarse disimuladamente.

—Papá, ¿qué tienes ahí?

—Nada, Benjamin; vamos, a tu cuarto.

Media hora después la situación volvía a estar controlada: Maggie había utilizado el inhalador para mitigar su asma, Ben ya podía volver a conciliar el sueño y aunque Chris se hubiese quedado con ganas de hacer el amor, seguro que estaría roncando de nuevo.

Aún era pronto, así que decidió prepararse un café y consultar el expediente de su nuevo paciente. «Cómo no, otro madero», pensó inmediatamente al leer la primera línea: Teniente de policía Phillip H. Royce, 59 años, degradado hacía cuatro, en el cuerpo desde los 20; soltero. Medalla al Valor... Su historial aparecía salpicado de múltiples incidentes violentos, un fallecido, detenciones al límite de la legalidad y alguna acusación de soborno que finalmente parecía no haber fructificado. Iba a ser sin duda un hueso duro de roer y posiblemente no había sido él mismo quien hubiera elegido la terapia como salida a sus, aparentemente, frecuentes problemas. O sí. «Quién sabe, a lo mejor me sorprendo», se dijo.

—¡Mamá, Ben me ha quitado la tostada! —gritó Maggie lanzando una servilleta a su hermano.

—¡No tenía tu nombre, estúpida!

—¡Ben, no insultes a tu hermana! ¡Maggie, por Dios, hay más tostadas! ¿Chris, llevaste a Douglas al veterinario? ¡Chris! ¡Todas las mañanas igual, vuestro padre desaparece siempre en el mejor momento! ¡Chris!

El timbre del teléfono intentó dar una efímera tregua a una Katherine sobrepasada una mañana más por el belicoso desayuno.

—¡Por favor!, ¿es que nadie puede cogerlo? —protestó mientras guardaba atropelladamente los expedientes en su cartera, que contemplaba la escena indiferente sobre una silla.

El timbre cesó.

—Ben, cariño, por favor dile a tus amigos que no llamen a estas horas. Es muy pronto y tenemos lío.

—No era ningún amigo mío.

El tono del teléfono cortó los posiblemente pobres argumentos de Ben, que aprovechó para engullir casi media tostada de un solo bocado.

—Residencia de los Nowak, ¿dígame? Aha, aha; sí, un momento, creo que está liada... —respondió Chris que acababa de aparecer en escena.

—¿Quién diablos es? —preguntó Katherine.

—Tu prima Melissa —afirmó su esposo tapando con la mano el auricular.

—No pienso cogerlo, invéntate algo, cualquier cosa.

—Vamos, ¿hasta cuándo vais a estar así?

—Hasta siempre.

—¿Melissa? Se está duchando, ahora te llama. Gracias a ti. Adiós.

—Te odio...

Katherine repartió besos, recogió sus cosas y se montó a toda prisa en el viejo Volvo ranchera que la transportaba cada día a su lugar de trabajo: la Comisaría Central de Policía.

Todo parecía igual que cualquier otra mañana; sin embargo, al encender el contacto tuvo un mal presentimiento.